

verdad divina, lo que en nuestro juicio es imposible y no tiene el menor sentido, á saber: QUE HACE SEIS MIL AÑOS UN SER EXTRAÑO Y SALVAJE, AL QUE LLAMAMOS DIOS, PENSO EN CREAR EL MUNDO, QUE LE CREO A LA VEZ QUE AL HOMBRE, Y QUE EL HOMBRE HA PECADO, QUE UN DIOS MALVADO LE CASTIGO POR ESE MOTIVO Y NOS CASTIGO A TODOS; QUE EL MISMO COMETIO ESTE PECADO EN LA PERSONA DE SU HIJO, Y QUE NUESTRO OBJETO PRINCIPAL CONSISTE EN CONMOVER A ESE DIOS Y EN LIBERTARNOS DE LOS PADECIMIENTOS A QUE NOS HA DESTINADO.

Nos parece que esto tiene poquísima importancia, que es útil á los niños y les oímos con gusto repetir todos esos errores sin meditar en esta terrible transformación, que no advertimos porque es espiritual y que se produce en el alma misma del niño. Creemos que el alma del niño es una pizarra en la que se puede escribir todo lo que se quiere, pero esto es un error. Hay en el niño un vago resplandor respecto á que todo tiene principio, respecto á la causa de su existencia, á la fuerza á que está sometido, y se forma, no de un modo preciso, no de un modo que pueda expresarse por palabras, pero reconocida por toda la existencia, la más alta idea que de las cosas tiene el hombre sensato, y de pronto, en vez de esto, se le dice que este principio no es más que un sér loco y malvado, el Dios judío. El niño tiene una concepción poco precisa del objeto de esa vida que él ve en la dicha obtenida por la comunión del amor. En vez de esto se le dice que el objeto principal de la vida no es más que el capricho de ese Dios loco y que el objeto personal de cada hombre es el de librarse de los castigos eternos reservados á algunos y de los padecimientos que Dios nos ha impuesto á todos. Los niños